



20 de noviembre

El franquismo que no cesa

QUIZA la Historia retenga la fecha del 20 de noviembre como la del final del franquismo en España; quizá se esté tomando ya esta fecha con demasiada simplicidad para señalar un cambio de era en la política española. Es una facilidad histórica o política: tomar la muerte del hombre fundamental como la muerte del régimen que implantó y sostuvo.

La Historia profunda es un poco más compleja. En realidad, todavía no nos hemos puesto de acuerdo los españoles en definir el franquismo. Cualquier régimen apoyado en un nombre propio indica que su propia esencia está tomada de la de ese hombre, de su psicología y de su manera de actuar, modificada por unas coyunturas externas que le limitan, le condicionan, le determinan. En ese sentido, un régimen tan largo como fue —y es aún— el franquismo, se modifica también por las propias modificaciones y cambios fundamentales del hombre fundamental. Y por su propio eco: el régimen modifica el medio sobre el que actúa —la sociedad, el país—, y ese medio, a su

vez, altera el régimen que no puede ejercerse lo mismo sobre una etapa que sobre otra. Convendría, por lo tanto, no hablar del franquismo, sino de los franquismos transcurridos desde el 18 de julio de 1936 a esta misma fecha que estamos viviendo. Con un denominador común: un estilo general de autoridad —de autoritarismo— y una necesidad de alterar la opinión popular, o permitir sólo su expresión en un sentido. En términos más netos, el franquismo que todavía no está pa-

—que ahora tratan de revisar algunos falangistas, los hedillistas, con el deseo de recuperar su identidad perdida— hasta el momento en que se vislumbra la caída del III Reich.

¿COMO HOMOLOGAR EL REGIMEN?

No es tan sencillo homologar el franquismo a los regímenes totalitarios imperantes en 1936, como no lo es tampoco hacer equivar el

cialismo pacifista, y la revolución rusa de 1917. En España, la reacción contra este grupo de acontecimientos la recogen diversos partidos, facciones o maneras de pensar. Alcanzan de lleno a la Segunda República. Es, prácticamente, la razón de su fracaso. En una Europa barrida por la crisis económica, está este país subdesarrollado llamado España, donde una República intenta practicar modos y maneras atenienses, cuando está sacudida por el hambre y la miseria. En una Europa que cuando no es fascista está fascistizada, o repleta de núcleos de carácter fascista —utilizando, aun impropriamente, la palabra fascista con su carácter más general—, España trata de aprender y practicar una democracia serena que no ha tenido nunca, porque le ha faltado el tipo de movimientos de renovación y de educación necesarios. La República está alcanzada por desórdenes sociales: ni más ni menos que el resto de Europa. La misma reacción que años atrás surge en Italia, cuando Mussolini aprueba en un haz —fascio—, los partidos y mentalidades que se enfrentan con las amplias huelgas

Eduardo Haro Tecglen

tente en la España del 18 de julio de 1936, sino que se va conformando con arreglo a la amalgama de fuerzas que se han de sumar, de buen o mal grado, para crear un "Movimiento", podría empezar a morir en el momento en que las ideologías dominantes en el mundo en el momento de su nacimiento perecen —no enteramente— de violencia en 1945. El franquismo más puro iría aproximadamente desde el Decreto de unificación

fascismo italiano —precursor— al nazismo alemán. Lo que sí es absolutamente comprensible es que proceden de un fondo común. Es el fondo que se inicia en Europa con una sensación temporal del fracaso de las democracias, que tiene varios orígenes: desde la crisis económica de Estados Unidos en 1929 —que llega a Europa con retraso— hasta la primera guerra mundial, que destroza entre otras cosas los ideales generales del so-

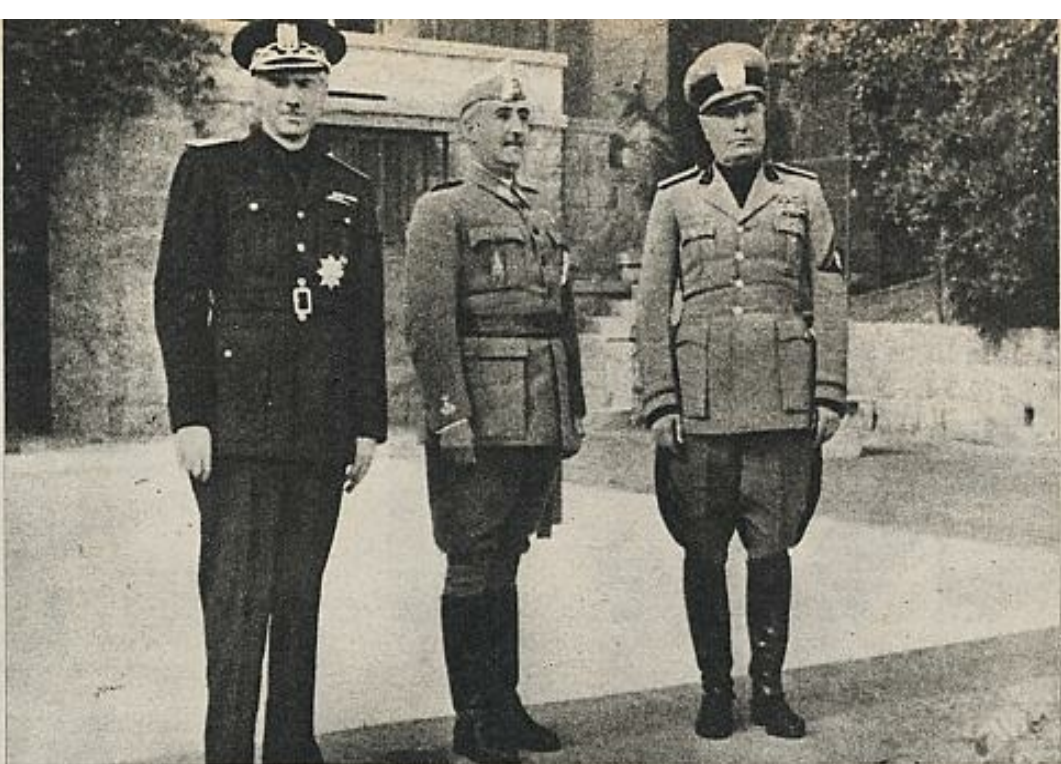
El franquismo

socialistas y las tendencias republicanas, la misma reacción alemana contra la República de Weimar —que tiene la misma debilidad de origen que la española— y contra las consecuencias del Tratado de Versalles, se produce en España. Con características esencialmente nacionales: la religión, el centralismo, la historia del Imperio. Con un odio profundo al siglo XIX; al siglo del liberalismo. Esos rasgos nacionalistas, más los de la personalidad de sus intérpretes, lo diferencian de los otros regímenes homólogos: pero en cambio se acerca en su forma. Desde la supresión de los elementos democráticos básicos —partidos políticos, sufragio universal, libertades de expresión, libertad de conciencias— hasta el gran aparato de la propaganda y el culto a la personalidad.

Es una parte de esa personalidad fascista, y de esa individualidad nacionalista, la que perece al mismo tiempo que la Alemania nazi y la Italia fascista. El franquismo puro deja de ser puro y comienza una larga etapa de adaptación lenta o de apariencia de adaptación, a los nuevos sistemas exteriores. Comienza entonces a modificarse su lenguaje: hay un alejamiento del vocabulario fascista, y de las estructuras fascistas, y una aproximación a las democracias (que, por otra parte, tampoco se restauran enteramente en el mundo: están todavía contraídas por el esfuerzo de guerra, que ha creado regímenes especiales de urgencia, y después se contraerán políticamente por el esfuerzo anticomunista), y comienza a hablarse de "democracia orgánica", a prepararse referendums (que, por otra parte, no eran ajenos al sistema fascista: Hitler los había empleado siempre con éxito) y unos remedos de elecciones: sindicales, colegiales, etcétera. España recupera esencialmente de su doctrina el anticomunismo, con el cual conecta con las grandes potencias occidentales —es decir, con Estados Unidos—, y comienza a obviar lentamente algunas de sus fobias iniciales. O, simplemente, con el afán reductor a elementos sencillos de este tipo de regímenes, equipara sus otras fobias al comunismo —filocomunistas, compañeros de viaje, criptocomunistas, tontos útiles, etcétera— para poder seguir manteniendo la misma rudeza de represión. No se diferencia en esto de otros países, más que en la cantidad y calidad de la represión.

"CON FRANCO VIVIAMOS MEJOR"

Al mismo tiempo que esas modas y presiones diferentes cambian en el mundo y van llevando a España a cambiar de apariencias, se



Arriba: Franco, entre Mussolini y Serrano Suñer, el 12 de febrero de 1941. Abajo: con Oliveira Salazar, a la salida de la catedral de Santiago de Compostela (1950).

empieza a modificar también el contexto nacional. El franquismo es una revolución burguesa, revestida de oropeles, fastos y pompa y esplendor. La Segunda República fue una revolución burguesa, que se destruyó porque las clases sociales más bajas no se conformaban con el triunfo de la burguesía. Y esa burguesía produjo después el 18 de julio, como reacción ante la revolución popular que creían ver venir. La burguesía, pasados los años de hambres y calamidades, fue asentándose. Comenzó a beneficiarse de las nuevas amistades —de los Estados Unidos— y comenzó a entrar en un juego de mercados que la llevaban a la sociedad de consumo. Digamos a un remedo de la sociedad de consumo, porque el fondo de la economía nacional no permitía llevarla adelante con la solidez de otros países. Pero se fabricaba de pacotilla, se construía de relumbrón: cantidades sin calidades —todavía se está pagando esa era de la pacotilla, y todavía no ha terminado—, que permitían crear la ilusión de que estábamos de lleno homologados con las sociedades avanzadas de los otros países capitalistas.

Para que funcione bien, una sociedad burguesa necesita de unas libertades propias. Para que se puedan mover los mercados en la órbita de la sociedad de consumo, o con su apariencia, se necesitan unos individuos que se sientan libres, aunque no lo sean. Es decir, que las manipulaciones sean más o menos invisibles, pero nunca autoritarias. A ese franquismo ya desnaturalizado por el final de la época en que nació se le venían a añadir estas exigencias de libertades de la sociedad que él mismo había creado.

Por eso, cuando el 20 de noviembre del año pasado murió su fundador, el franquismo ya no era lo que había sido, o lo que había tratado de ser. Se habían evaporado la autarquía, el imperio y la retórica. Le quedaba el recurso de su éxito visible: se vivía mejor. ¿Mejor que cuándo? Mejor que en la Segunda República. Pero quizá no mejor que en la propia España si no hubiese habido guerra civil, si se hubiese alineado con las otras democracias occidentales, si se hubiese beneficiado al mismo tiempo que las demás de los efectos de la revolución científico-técnica. La comparación con lo que no ha sido, con lo ucrónico, es imposible. Pero es una especulación permitida. Es una especulación actualizada ahora por un "slogan" que se repite en las pintadas callejeras: "Con Franco vivíamos mejor". Luego se ha añadido "todos", para salir al paso al chiste fácil de "ustedes, sí". Los que vivían mejor con Franco siguen viviendo mejor ahora, porque el franquismo no se ha extinguido.

Entendámonos. El franquismo se desnaturalizó en una fecha ligeramente precedente a la del final

de la guerra mundial, y ya no fue enteramente el franquismo; pero tampoco desapareció nunca, y los que entonces vivían mejor están buscando la forma de seguir viviendo mejor. Perpetuando el franquismo. Unos, por la vía de unas reformas. Otros, por las de un continuismo. En cuanto a los que morían peor, siguen muriendo peor.

El hecho es que la correlación con el mundo en que vivimos y la necesidad de unas libertades individuales suficientemente visibles como para que pueda actuar la manipulación lejana y se perpetúe el sistema de mercados, que llama-

do incluso en lo sobrenatural (entre ellas, el propio Franco) y lo aceptaban. Por eso ahora, cuando se presentan algunas revisiones de la gran figura (como el libro de su íntimo, familiar y secretario, el General Franco Salgado-Araujo), los que todavía mantienen esa especie de religión lo consideran como blasfemo.

ENERGIA Y VACIO

En el momento de su muerte, en los años anteriores, el franquismo era ya solamente Franco. La adhe-

Pero podríamos decir también que lo está toda la vida nacional. Cuarenta años de un régimen de esa fuerza no se borran tan fácilmente. El estilo del régimen —el franquismo— lo han aprendido las actuales generaciones en muchos sitios. Algunos sobrevivientes, en la guerra: otros, en las cárceles; muchos, en la clandestinidad. Hasta estos últimos están acostumbrados a moverse, a operar, a trabajar teniendo en cuenta las condiciones de vida del franquismo. Se ha aprendido en las escuelas y en las Universidades, en los periódicos, la radio, la televisión: en la transmi-



Franco, con Marujita Díaz, Luisa Ortega, Juanita Reina.

mos sociedad de consumo, querían un cambio, y ese cambio se fue produciendo todavía en vida de Franco. Quedaba todavía en pie la figura del creador, del inventor del estilo y del sistema, y quedaba en pie porque tácita o explícitamente las fuerzas nacionales —lo que la oposición democrática llama ahora "poderes fácticos"— habían aceptado su mandato. Era, ya sin la fuerza de sus años grandes, un punto de reunión y de consenso. Sería ahora largo de analizar, y discutible, por qué Franco reunía en sí mismo esa capacidad: por su energía personal, por sus condiciones políticas (extrapolíticas), por su prestigio militar, por lo que fuese. Lo tenía. Se habla de carisma, que es una palabra vaga y poco convincente, porque remite a lo sobrenatural más que a lo-analizabile. Pero una serie de fuerzas importantes de este país habían conveni-

sión a la persona infalible (y considerado desde sus propios móviles y los de quienes le rodeaban, fue realmente infalible), la defensa de unos ideales de juventud y el sostenimiento de unos grandes intereses formaban una gran cáscara del régimen español, que seguía por inercia. Y por fuerza: por la que tiene aún. Lógicamente, la muerte biológica de Franco debería suponer el desmoronamiento de ese franquismo de la última hora, sostenido a ultranza.

Y, efectivamente, tras la muerte de Franco se abrió un enorme vacío político. En él estamos. Podría decirse, argumentando así esta aparente paradoja de que el franquismo dejó de serlo hace muchos años, pero que el franquismo es todavía la esencia del régimen español, que toda la estructura de la nación oficial administrativa está compuesta por franquistas.

sión oral de padres a hijos. No ha sido discutido, no ha podido serlo. Muchos de los más firmes defensores de la democracia de hoy —y al decir firmes no me refiero a los que actúan dentro del Gobierno, sino al margen de él y, en ocasiones, contra él— han sido ministros, directores generales, catedráticos o funcionarios con Franco. Hay, por tanto, unos reflejos de autoritarismo, de comportamiento personal, de organización en el seno mismo de la familia o de la empresa —y también del municipio, que no en vano fueron estas tres las grandes células de la sociedad franquista— que forman parte del franquismo. Es inútil decir, porque es sabida, la importancia que tiene todavía el franquismo en el Gobierno mismo, y el juego de reflejos condicionados con que actúa todavía toda autoridad.

Cuando se harte de la corbata, haya leído el libro y se le acabe la colonia, él seguirá teniendo tu Ronson.

Ronson es una de las pocas cosas que no se pasan con el tiempo.

Que dejan un ardiente recuerdo.

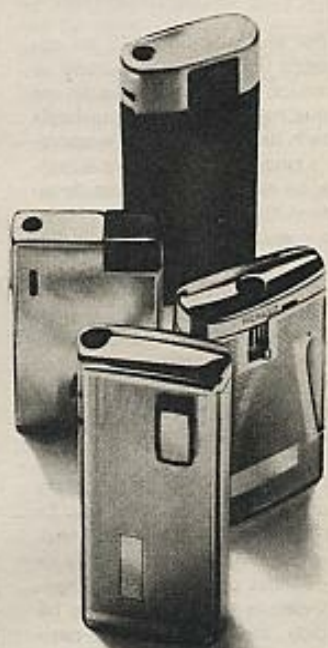
Que no se olvidan así como así.

Ronson.

Con 161 modelos para cualquier tipo de regalo, incluidos los electrónicos, para casos muy particulares.

Todos a tu disposición en todas las mejores tiendas.

Para que tu recuerdo no falle ni una vez.



RONSON
El regalo que prende.

El franquismo

Por eso, calcular la fecha del 20 de noviembre del año pasado y compararla con la de éste para saber qué pasos se han dado en la implantación de un nuevo régimen es medir muy poco. Si hay un clima muy diferente, es, sobre todo, porque la presión dinámica de la vida —y no sólo de los huelguistas, del sector obrero que se empieza a ver víctima de la situación económica, sino de la burguesía que no goza de su sociedad de consumo como quisiera— lo ha forzado así. Para llegar a esta relativa libertad de prensa, de la que se envanecen los que no la han creado, ha habido algo más que una ley represiva que ahora se presenta como liberalizadora: periódicos y revistas suspendidos o cerrados para siempre, periodistas encarcelados, maltratados o procesados. Y para aproximarnos a la libertad sindical, de la que aún estamos tan lejos, hay que recordar los mártires de esa libertad. Son sólo dos ejemplos de todos cuantos se podrían poner.

LA TOLERANCIA DE LOS HEREDEROS

Al mirar atrás en este 20 de noviembre, vemos que todas las grandes leyes, disposiciones o Decretos formalizados durante la vida de Franco están todavía en vigor. Muchos de los protestatarios franquistas se quejan solamente de que esas leyes no se apliquen. Y ninguna otra ley rectificativa, realmente democratizadora, se ha puesto en vigor. Cuando estas líneas se escriben, todavía las Cortes franquistas —con los procuradores que nombró Franco para una finalidad estrictamente orgánica—, ni siquiera la tibia reforma, ni siquiera sus enmiendas, han dado el paso definitivo.

El régimen, por tanto, no es el mismo, al tiempo que sigue siendo el mismo. Las personas que eran siguen siendo: apenas cambian de vocabulario, apenas de modales. Pero todavía un ministro puede decir —la semana pasada—: "Yo no tolero la lucha de clases", como si el enfrentamiento de las clases sociales fuera algo que dependiese de él, y no un hecho típico que, naturalmente, no es privativo de España. O, simplemente, como si un ministro pudiera simplemente decir: "Yo no tolero", refiriéndose a cualquier cosa.

Esa manera de ser de ministros que toleran o no toleran en lugar de trabajar simplemente en representación de los ciudadanos es todavía un residuo del franquismo. Vivimos todos dentro de una tolerancia: nos toleran que escribamos,

hablemos, nos manifestemos —cuando nos lo toleran— o protestemos. No es nuestro derecho: es una concesión, es una benevolencia, una permisividad. Todavía no ha llegado el momento en que la soberanía popular —tan enfáticamente anunciada por este Gobierno— sea la que tolere o no a un ministro o a todos los ministros, por la vía de sus representaciones en

Cortes. Ni siquiera está prevista en la reforma la responsabilidad del Gobierno ante los electos del pueblo, o la necesidad de que un Gobierno nombrado tenga que presentarse ante ellos para obtener el refrendo para gobernar.

Lo que puede verse es que estamos en un "continuum" histórico: el franquismo comenzó a modificarse muchos años antes de la

muerte de Franco, se continúa modificando un año después de su muerte. Con más aceleración, porque cada año —cada día— transcurre acelerado al siguiente. Pero todavía con la suficiente lentitud como para que nadie se pueda considerar hoy, en España, ajeno al franquismo. O lo practica —a veces sin saberlo— o lo experimenta, lo soporta. ■



Una larga y lenta agonía

VEINTE de noviembre de 1975. En España empieza a amanecer. Son las cinco de la mañana. El punto en que a esa hora se inmovilizó la línea del electroencefalograma de Franco pudo parecer a quienes lo contemplaban el punto final de una larga época. Pero era únicamente un punto suspensivo.

Veintitrés de noviembre. Catorce horas y diez minutos. La losa de 1.500 kilos que se abatió a esa hora sobre el sepulcro de Franco pudo parecer a quienes lo contemplaban que enterraba también la dictadura por él encarnada. Pero no era más que una ilusión televisual.

La presencia de Pinochet, único Jefe de Estado que asistió al sepelio, proyectaba sobre la ceremonia una sombra agorera, que nos acercaba a la vez el Presente de Chile un pasado no demasiado le-

jano. Un pasado que tremolaba en las banderas y resonaba en los cantos de los 35.000 ex combatientes congregados en la explanada del Valle de los Caídos. Allí estaban todos los barones del franquismo, y con ellos, los hombres, los uniformes, los cantos y las bande-

de éste respondía con una alocución que, tras rendir homenaje a la memoria de Franco, terminó con un "¡Arriba España!". No pasó inadvertida esta delicadeza hacia Girón, como tampoco la audiencia de cuarenta minutos concedida a Pinochet. Más discreción revistió,

Miguel Salabert

ras que en otro tiempo acompañaban la marcha del Imperio hacia Dios.

Era ya el segundo día del reinado de Juan Carlos I, pero toda la jornada transcurrió bajo la sombra del reinado de Franco. Horas después del entierro, el Rey recibía a una delegación de ex combatientes presidida por Girón, y al discurso

en cambio, la delicada tarea diplomática de convencer a Pinochet de que su presencia sería altamente inoportuna en la Misa de Espíritu Santo a que unos días después deberían asistir Giscard, Walter Scheel y otros dignatarios europeos.

Pinochet se fue. Pero dejó la sombra.

Después de Franco, ¿qué?

Después de Franco, el miedo.

Veinte de noviembre. La noticia está en la calle. Pero ha llegado ya cansada, amortiguada, anestesiada por el cloroformo de los abstrusos partes médicos que durante dos meses han llovido a diario sobre el país. Más que la muerte del Jefe del Estado, la noticia anuncia la rendición in extremis de la tecnología médica, incapaz ya de prolongar artificialmente la agonía. Una agonía en torno a la cual se han producido escenas para cuya descripción habría que resucitar a Valle-Inclán. La monotonía del ceremonial que diariamente se desarrolla en La Paz con el ritual desfile de los franquistas es tal, que los centenares de periodistas que allí



En el Valle de los Caídos: Una losa de mil quinientos kilos.



cendida de la ventana de El Pardo", el hombre apoyado por el "bunker", el encargado de llevar adelante la reforma.

Una margarita dura de pelar

De su travesía del desierto y de sus meditaciones, Fraga regresó a la escena política con una chaqueta nueva de demócrata, hecha a su medida, un tosco análisis sociológico que concluye que hoy España es un país de clases medias, un calendario (dos semanas, dos meses, dos años), y una margarita muy dura de pelar, con sólo dos pétalos: el del canovismo y el del caetanismo. Eran esas dos opciones del pasado lo que Fraga ofrecía para el futuro. El ya había hecho su elección de la más remota, en su nuevo papel de retrodemócrata.

"Si se quiere conservar, hay que reformar", tal es la moraleja que Fraga ha extraído de los cuarenta años de dictadura, a la que tan señalados y entusiastas servicios ha prestado.

El proyecto reformista de Fraga intentaba responder a la necesidad del capitalismo financiero e industrial de cambiar el marco político para mejor defender sus intereses en la nueva situación. Pero el carácter abstracto del proyecto le ha hecho naufragar ante la situación concreta, ante las múltiples contradicciones que ha desarrollado el proceso de cambio.

La explosión popular consistente en las amplias movilizaciones y manifestaciones con que las masas han venido expresando su voluntad de protagonismo y la emergencia a la luz pública de la oposición clandestina forzaron, por una parte, al Gobierno Arias-Fraga-Areilza a una tolerancia en contradicción flagrante con la legalidad vigente, y, por otra, a endurecer la represión.

Pero el orden público era el talón de Aquiles del Gobierno, y ello por dos razones. La primera y fundamental, por la necesidad del Gobierno de asegurar la estabilidad de la Corona, como clave de bóveda del sistema, y la segunda, por la imagen exterior. De hecho, la política exterior española estaba tan deteriorada, que la coherencia del proyecto reformista Fraga-Areilza exigía la abrumadora e imposible carga de que las carteras de Exteriores y del Interior hubieran sido asumidas por una sola persona. Por la sencilla razón de que la política exterior española pasa hoy obligatoriamente por la política interior. Areilza lo comprendió muy bien, y por eso en sus viajes europeos hablaba casi exclusivamente de política interior, haciendo de portavoz de Fraga, de alguna forma. Y de sucesos como los de Eida, Tarragona, Basauri, Vitoria y Montejurra no podían salir indemnes ni la Corona ni la imagen exterior que Areilza intentaba vender. La torpe-

montan la guardia a diario acogen alborozados hechos como la extracción de una muela de Fernando Suárez. La muela de Fernando Suárez es recogida por los periódicos. Se guarda más discreción, en cambio, sobre el estado del estudiante Juan Alberto Sevilla, hospitalizado allí mismo con una gravísima lesión renal, que se dice debida a "presuntos malos tratos" durante su estancia en la Dirección General de Seguridad.

A las diez de la mañana, Arias Navarro se asoma, sollozante, a nuestros televisores para leer el testamento político de Franco, cuya autenticidad será después puesta en duda.

En el país reinan el Consejo de Regencia y la calma más total. Una calma aparente que parecería confinar en la indiferencia sino la desmintiera la venta masiva de los diarios y una cierta excitación reprimida.

Comienza el desfile de partidarios y curiosos ante el cadáver de Franco, expuesto en el palacio de Oriente. La prensa habla de unos 300.000, y algunos dicen que "la mayoría silenciosa está votando con los pies".

Hay miedo. Hay gente que abandona sus domicilios. Se habla de listas. A la inquietud causada por la anunciada concentración en Madrid de unos 50.000 ultras, se suma la detención, el 17 de diciembre, de Simón Sánchez Montero, de López Salinas y de otros seis dirigentes del PCE. Un mes después, en una rueda de prensa clandestina convocada en Madrid por la UMD, el portavoz de la organización dirá a los periodistas que ésta habla de-

do instrucciones a sus adherentes para evitar toda confrontación violenta con el pueblo en caso de que se llevara el Plan a ejecución, así como ofrecido protección a los dirigentes de la oposición democrática ante cualquier eventual acción de los guerrilleros de extrema derecha.

Pero los dados están echados y todo se desarrolla según el programa establecido. Juan Carlos es proclamado Rey de España a las 12,30 del día 22 de noviembre, a los setenta y tres años de la proclamación de su abuelo y a los cuarenta y cuatro de su destronamiento. Su discurso de investidura es tan vago como ambiguo, y, por ello, abierto a todas las interpretaciones. Pese a ello, meses más tarde, cuando empiezan a ser conocidas sus disensiones con Arias Navarro, dirá a Alvarez de Miranda: "No se ha sacado suficiente jugo a mi discurso de la coronación".

El día 25, la esperanza de la amnistía, que es ya un clamor nacional, recibe el jarro de agua fría del mini-indulto.

Dos días después, Giscard, Scheel y el duque de Edimburgo dan a Juan Carlos el espaldarazo internacional con su asistencia a la Misa del Espíritu Santo, en la que el cardenal Tarancón provoca el furor de los ultras al pedir al Rey en su homilía que asegure la libre y plena participación de los españoles en las decisiones de Gobierno.

En el desayuno privado que había reunido a Juan Carlos y Giscard, éste tuvo que solicitar la intervención del flamante Rey para que fuera liberado de la Dirección General de Seguridad un periodista francés detenido en la víspera por la Policía.

Pero ese día tuvo lugar un hecho mucho más significativo. En la ma-

ñana de ese día, dos Españas diferentes transitaban en direcciones opuestas por el puente del Manzanares. Centenares de campesinos, traídos de los más diversos lugares, con dieta y bocadillo, en autocares especiales, se dirigían a ver al Rey, cruzándose con millares de obreros y profesionales que, respondiendo al llamamiento de la Junta Democrática, iban a la cárcel de Carabanchel para exigir allí la amnistía de los presos políticos. Más de 5.000 personas lograron manifestarse durante más de media hora hasta que fueron dispersados por las violentísimas cargas de la Policía, a pie y a caballo. Hubo numerosas detenciones, entre ellas, de varias célebres actrices y algunos periodistas.

Mientras se desarrollaban estos hechos, Juan Carlos se asomaba al balcón de la plaza de Oriente a recibir los vítores del público. Era la primera vez que se asomaba solo a ese balcón. Unos meses antes lo había hecho al lado de Franco, durante la gran concentración franquista organizada como respuesta a la condena por la opinión internacional de las cinco ejecuciones del 27 de septiembre.

El nombramiento de Fernández-Miranda como presidente del Consejo del Reino, la confirmación de Arias Navarro como jefe del Gobierno, la nueva detención de Marcelino Camacho a los siete días de excarcelación, la creciente represión y finalmente la composición del primer Gobierno de la Monarquía, despejaban las incógnitas que podían quedar.

Es Arias Navarro el autor de la declaración más singular que haya proferido nunca un Jefe de Gobierno ("Si Franco me mandara barrer, yo barrería"), el que se guiaba en caso de duda por la "lucecita en-

Una larga y lenta agonía

za de Fraga y su responsabilidad son tanto mayores cuanto que el carácter pacífico y ordenado de las manifestaciones ha presidido todo el proceso de protagonismo popular. Pero la calle es suya, decía, y "no estamos dispuestos a sujetar a revisión, poner en riesgo o someter a debate de la contestación callejera los fundamentos mismos del sistema".

Los movimientos huelguísticos, que en enero alcanzaron en Madrid una envergadura sin precedentes, con más de 300.000 parados, acaban dando el golpe de gracia al aparato sindicalista vertical.

Al mismo tiempo, porque todo lo reprimido durante cuarenta años estalla al mismo tiempo, surge pujante el problema de las nacionalidades y de las autonomías regionales. Y el de las barriadas faltas de equipamientos colectivos, y el del campo, todos... todos a la vez.

Esta explosión democrática dio al traste con el programa previsto por Fraga de una descompresión gradual y graduada.

Ante estos embates, los inmovilistas se crispan, se enquistan en sus trincheras, alojados como están en posiciones claves del sistema institucional (Consejo del Reino, Consejo Nacional del Movimiento, Cortes, etcétera) para oponerse a las reformas, causantes según ellos del desmadre general.

Muchos de estos inmovilistas son burócratas puros. Su tipología y talante hallan ilustración en una frase como esta:

—Todo lo que soy y todo lo que tengo, incluida la felicidad conyugal, se lo debo a Franco.

La pronunció Antonio Molina Jiménez en una célebre sesión de Cortes en la que se discutía la concesión a la viuda de Franco de una pensión extraordinaria. Fidel Carazo Hernández se opuso a que esa pensión fuera compatible con otras a que pudiera ser acreedora. Simplemente. Ni tan siquiera habló de la fortuna, que se cree inmensa, de doña Carmen. Pero tuvo el mal gusto de recordar que existen pensionistas octogenarios que cobran 1.345 pesetas al mes.

Tal fue el origen de la célebre reuerta en la que Molina Jiménez le llamó "maricón" a Fidel Carazo, a la vez que hacía intención, al parecer, de tirar de faca, con ánimo de abreviarle la legislatura.

Menos mal que Vizcaino Márquez había elevado el debate al decir que la pensión a doña Carmen era "una flor más que ponemos sobre la tumba de Franco".

Esto es parlamentarismo a la española, como la democracia propuesta por Arias el día 28 de enero en el mismo escenario era también una democracia a la española.

Jesús Suevos la aplaudía así: "Con más o menos éxito, se ha in-



Arias Navarro, el hombre que se guiaba por la "lucécita encendida en la ventana de El Pardo".



Fraga regresó a la escena política con una chaqueta nueva.

tentado durante ocho lustros crear una democracia española, y es lógico que en el momento en que se inicia ese trascendental proceso de democratización se procure que esa democratización siga siendo española".

Y a estos parlamentarios a la española se les pide, como decía Gil-Robles, que se hagan japoneses para practicar el arte exquisito del "harakin".

Inasequible al desaliento, Fraga anuncia a los mejicanos que habrá una Cámara Popular elegida por sufragio universal y una Cámara Alta de carácter corporativo.

Y el 23 de marzo presenta a la prensa el proyecto de Ley de Asociaciones Políticas: "El Gobierno ha consultado con su conciencia". Y "quienes proponen la ruptura se van a enfrentar conmigo".

Su estrategia de aislar a los comunistas, de proscribirlos del mapa político legal, para mejor potenciar a los socialdemócratas y socialistas, a los que piensa atraer al campo de juego por él delimitado mediante sus cantos de sirena electorales, fracasa estrepitosamente con la constitución de Coordinación Democrática, que provoca en él uno de sus ataques de cólera más logrados. No pudiendo aislar a los

comunistas, los detiene. Y ello días antes del difícil viaje de Arelliza a Roma, lo que provoca entre ambos un animadísimo "contraste de pareceres", como decía Fraga antes de su conversión a la democracia inorgánica.

A su vez, Arelliza promete a la prensa italiana un referéndum para modificar la Constitución antes del verano y elecciones libres antes de fin de año. Los italianos se quedan tan contentos, sobre todo cuando les dice que "antes de un año, España estará en condiciones de negociar su ingreso en el Mercado Común".

Frente a estas premuras, Arias se muestra sosegado, y llega a decir: "Yo advertiría a quienes esperan mayores acciones del Gobierno que a veces no son sólo los gobernantes los actores, que como en el teatro, ocurre que otras voces, otras acciones, conforman los principales personajes". La cosa está clara. Lo que no está tan claro es si al hablar así Arias se refería a Kissinger, a sus compañeros de "bunker" que le daban la mejor excusa y coartada, o a ambos.

El día 27 de abril, Fraga, furioso, da una patalota, como un niño, y exclama: "Los que jueguen a la ruptura, allá ellos, no la tendrán y

perderán el tren seguro de la reforma".

Al día siguiente, Arias, en su famoso discurso rompe con la ruptura, con la reforma y con todo. Menos con el "bunker". La prensa se le echa encima y exige su dimisión. Inútilmente. El Rey lo hará con más éxito el 1 de julio.

La segunda edición

La crisis, según manifestó "El País" en un resonante artículo, la fraguó el Banco Español de Crédito, pero la resolvió el Espíritu Santo, a quien el Consejo del Reino dirigió sus preces en busca de iluminación, según monseñor Cantero Cuadrado. La elección de Adolfo Suárez en esas condiciones nos ha dado un jefe de Gobierno ungido por la gracia.

Lo sobrenatural ha planeado siempre sobre el franquismo.

Fraga y Arelliza regresan a sus queridos estudios, y dejan a Adolfo Suárez y sus jóvenes franquistas y propagandistas jugar con la reforma.

Las contradicciones son las mismas que hemos ya descrito. No hay "bunker" fuera del régimen ni manera de salir de él por la reforma. No hay otra alternativa que negociar con la oposición democrática. Pero Adolfo Suárez se propone hacerlo de otro modo. Sus maneras son suaves y conciliantes. Ello no le ha impedido concitar la hostilidad del "bunker", aunque trate de ganarse a los inmovilistas mediante chalaneros tales como el de ofrecer prebendas de recambio a los procuradores sindicales y a los funcionarios del verticalismo. Por otra parte, parece haberse garantizado la neutralidad del Ejército. Pero se ha permitido atacar frontalmente a la clase trabajadora, con la implantación de un verdadero estado de excepción laboral. La congelación de los salarios y la abolición del artículo 35 de la Ley de Relaciones Laborales es una verdadera declaración de guerra, y ello en plena crisis económica...

A este Gobierno se le había augurado una vida más breve de la que ya tiene. Es ahora cuando va a pasar la prueba del fuego. No le será fácil sobrevivir al fuego cruzado de las dos oposiciones, en plena crisis global del sistema y en una situación tan compleja como crispada, con una crisis económica sin precedentes. Condiciones muy similares a las que situaron al Gobierno precedente en tierra de nadie.

Divididos entre sí, unidos tan sólo por el miedo que a unos les impulsa hacia adelante a pasos breves e indecisos y a otros les agarra, los hombres del franquismo parecen incapaces de comprender el mundo que les rodea, los cambios vertiginosos que se han producido en el marco de su vacío institucional. ■